
LA VIDA CONSAGRADA COMO UN TESTIMONIO PROFÉTICO*

LA vida consagrada no es sólo una forma de vida que da testimonio de la realidad de Dios, la relevancia de Jesús y la obra del Espíritu, sino que constituye también una manera de vivir que contradice los valores del mundo, los valores de la mayor parte de nuestra sociedad. Es un testimonio profético, porque denuncia, como hacen todos los profetas, mientras que otros permanecen en silencio. La vida consagrada es profética porque se atreve a enfrentarse a los valores del mundo cuando la mayoría de las personas los dan por sentados. Es profética porque quiere superar la cultura del sexo, la cultura del dinero y la cultura del individualismo. La vida religiosa da testimonio de que otro mundo es posible. Hay una alternativa. Hemos adoptado esta forma de vida consagrada con el fin de recordar a los demás que es posible un mundo de amor y justicia, de paz y felicidad. Y lo llamamos «reino o reinado de Dios».

Este modo de vida profético encuentra expresión en los tres votos o promesas de nuestra consagración: pobreza, castidad y obediencia.

* El texto de este artículo corresponde a la segunda conferencia pronunciada en una asamblea de la LCCL (Leadership Conference of Consecrated Life [Conferencia de Superiores Mayores de Congregaciones Religiosas y Sociedades de Vida Apostólica]) de Sudáfrica en abril de 2007.

El voto de pobreza

El mayor escándalo en el mundo actual es la existencia de tanta pobreza, hambre y miseria en un océano de riqueza y sobreabundancia, en un tiempo en que hay alimentos y recursos excedentarios. Ésta es la gran injusticia de nuestro tiempo: la injusticia económica de la codicia, la gula, la explotación y el robo. ¿Qué puede ser más egoísta y pecaminoso que el creciente número de personas que acumulan una cantidad de dinero y posesiones mayor que la que podrán gastar en toda su vida, mientras otros mueren de hambre?

Esta situación escandalosa se justifica apelando al derecho a la propiedad privada: «Es mío. Lo he ganado o lo he heredado. Es completamente legal. Tengo perfecto derecho a acumular todo lo que quiera, sin que importe cuántos niños se están muriendo de hambre». Esto no es sólo inmoral, sino positivamente obsceno. De hecho, es idolatría. La mayor parte de nuestra sociedad da culto a Mammón. Nuestra cultura se está convirtiendo cada vez más en una cultura del dinero. El único valor que muchas personas aprecian es el valor del dinero. Hoy, todo tiene un precio.

En este contexto social y económico, nos consagramos a Dios renunciando voluntariamente a nuestro derecho a la propiedad privada. Hacemos voto de pobreza. No obstante, llamarlo «voto de pobreza» es de algún modo equívoco. Nosotros no prometemos solemnemente a Dios que seremos pobres, necesitados e indigentes. Lo que queremos es que nuestras vidas sean un testimonio profético contra el escándalo de la pobreza y la indigencia. ¿Cómo lo hacemos? Prometiendo que compartiremos los bienes con otros en comunidad.

El voto que hacemos es un compromiso de compartir más que de pobreza. Renunciamos a nuestro derecho de propiedad con el fin de poseer todas las cosas en común con nuestros hermanos de orden en la comunidad. El resultado para quienes comparten y lo poseen todo en común es que nadie estará necesitado, nadie será indigente. Esto es precisamente lo que sucedió en la primera comunidad de bienes de los cristianos en Jerusalén. En el libro de

los Hechos se nos dice que, precisamente porque lo tenían todo en común, «nadie pasaba necesidad» (5,34).

La finalidad de nuestro voto no es llegar a vivir en la indigencia, sino compartir de tal modo que no estemos necesitados. Tal vez deberíamos cambiar el nombre del voto: de voto de *pobreza* a voto de *compartir*, un compromiso solemne de renuncia voluntaria a nuestro derecho a la propiedad privada para abrazar una vida en la que poseemos todo en común.

Aun cuando el compartir del que estamos hablando aquí es primariamente el compartir dentro de una comunidad religiosa, el espíritu que anima nuestro compartir debería extenderse más allá de la comunidad a otras personas necesitadas. Una comunidad de bienes rica que no quiera compartir con los pobres sería culpable del egoísmo de grupo. Aquí es donde se hace necesario un estilo de vida sencillo. No queremos pasar necesidad ni vivir en la indigencia, pero tampoco queremos poseer más de lo que necesitamos.

Si hiciéramos esto y lo viviéramos plena y manifiestamente, se convertiría en un poderoso testimonio profético contra la codicia, el egoísmo y la injusticia de los ricos; se convertiría en un testimonio a favor de los pobres, los indigentes y los hambrientos, y sería un signo profético de la clase de mundo que esperamos en el futuro: un mundo en el que los recursos de la tierra sean compartidos por todos. Esto fue lo que Jesús defendió. Él nos enseñó a estar dispuestos a compartir con los demás porque nos amamos unos a otros. El reino que esperamos ardientemente será un reino de compartir.

El voto de castidad

El voto de castidad no es sólo una promesa solemne de abstenerse del sexo. Éste es el aspecto negativo del voto, pero tiene también un aspecto positivo. En sentido positivo es una promesa solemne de amar a todos, de perseguir una clase de amor que incluye a todos los seres humanos. El voto es una forma especial de compromiso de amor universal, incondicional e inclusivo. Las re-

laciones sexuales explícitas se excluyen únicamente porque queremos extender nuestro amor a las personas no amadas y solas, rechazadas y marginadas, a los ciegos, lisiados y discapacitados, a las prostitutas y a las mujeres y niños sexualmente explotados —a todos—. Como afirma Joan Chittister tan elocuentemente: «La castidad no consiste en no amar, sino en aprender a amar bien, a amar con un corazón grande, a amar con gestos radicales».

Lamentablemente, muchos de los que hacemos el voto nos convertimos en personas en cierto modo frías y sin amor. Parece que compartimos la presuposición de nuestra sociedad según la cual el amor es sexo, hacer el amor es un sinónimo de relación sexual y, si no hay sexo, no hay amor ni intimidad —y, por tanto, quienes no tienen relaciones sexuales carecen necesariamente de pasión y afecto caluroso.

Pero la finalidad de nuestro voto es precisamente contradecir esta comprensión del amor. Nuestro voto tiene que dar testimonio de la pasión y la fidelidad del amor divino, el amor a todos del que habló Jesús. Citemos de nuevo a Joan Chittister: «El religioso o la religiosa apasionados se enamoran de los sin techo y los niños su-cios, de las viudas dolientes y los enfermos de sida terminales... [Además.] son personas que aman a los demás sin atarlos a ellas... Los efectos pueden ser asombrosos».

Para quienes no han sido nunca amados y sienten que no son dignos de amor, y para quienes han sido amados por su cuerpo o por otras cualidades, pero nunca sólo por sí mismos, el amor incondicional derramado sobre ellos por un religioso o una religiosa tiene un valor inestimable.

Hoy, en nuestro país, seamos negros o blancos, tradicionales o modernos, religiosos o no religiosos, vivimos en un contexto cultural que da culto al sexo y lo idolatra. No quiero dar a entender que el sexo sea malo en sí. El sexo es una parte maravillosa de la creación de Dios, pero parece que nuestra sociedad lo ha situado fuera de toda perspectiva. Hemos desarrollado una cultura que está obsesionada por el sexo. Lo que nuestra sociedad necesita no es más sexo sino más amor, más solicitud y cuidado desinteresados de unos por otros.

El problema no es el sexo, sino el egoísmo, el abuso sin amor o la manipulación del sexo. El problema es la explotación de mujeres, varones y niños, cuando no son tratados como personas sino como objetos sexuales. El problema está en las violaciones, el abuso de menores y la pornografía.

En este contexto, nuestro voto proporciona un testimonio profético de otro mundo posible: un mundo de amor incondicional, universal e inclusivo.

Tal vez deberíamos considerar la posibilidad de cambiar el nombre de este voto: de voto de *castidad* a voto de *amor*, un compromiso solemne con una forma de vida que nos permitirá desbordar nuestro amor sobre todos como un acto de testimonio profético.

El voto de obediencia

He hablado sobre nuestra cultura secular moderna como una cultura del dinero y del sexo. Esta cultura da culto al dinero e idolatra el sexo. Pero tiene otra característica. Es también una cultura del individualismo egoísta. Lo que vemos por todas partes a nuestro alrededor es el culto al individuo: yo, yo, yo, mi carrera, mi realización, mis intereses, mi voluntad, mis necesidades, mi felicidad, y hacerlo todo a mi manera.

El ideal cultural del mundo occidental industrializado es el individuo autónomo, autosuficiente e hijo de sus propias obras, que está solo y no tiene necesidad de nadie. La libertad y la felicidad se identifican con la independencia y la autosuficiencia. Éste es el contexto en el que hacemos el voto de obediencia a nuestra comunidad religiosa.

Este voto contradice el valor mundano del individualismo egoísta. Es un compromiso con el bien común, que es lo mejor para todos. Sacrificamos nuestra propia voluntad, nuestros propios intereses, nuestra propia carrera por el bien común. Nos comprometemos con las necesidades de los demás.

Tal vez también en este caso sea una buena idea cambiar el nombre de este voto: de voto de *obediencia* a voto de *búsqueda del bien común* dentro de una comunidad religiosa.

Lamentablemente, la obediencia ha quedado asociada a una sumisión servil a la voluntad de otros. A menudo se ha pensado que consistía en actuar como un robot o un perro entrenados para limitarse a obedecer. Con demasiada frecuencia, este voto ha mantenido a algunos religiosos en el infantilismo y en la inmadurez.

Pero ésta es una manera errónea de entenderlo, porque este voto puede convertirse en un vigoroso testimonio profético contra el individualismo egoísta y a favor del bien común. De este modo, nuestro voto puede convertirse en otro signo del mundo futuro en el que creemos y esperamos, un mundo en el que todos trabajaremos por el bien común de toda la raza humana y de toda la creación de Dios.

Si hay algo que nuestro mundo necesita por encima de todo lo demás, son varones y mujeres esperanzados que no sólo quieran predicar la buena nueva, sino que también encarnen el mensaje de Jesús en un modo de vida consagrado que actúe como un testimonio profético de los valores del futuro.

Personas esperanzadas

Hay un sentido muy importante en el que los religiosos y las religiosas pueden convertirse hoy en líderes en nuestro país: no ocupando posiciones de poder en la Iglesia o en el gobierno, sino *sobresaliendo en nuestra sociedad como personas esperanzadas*. Hemos visto cómo nuestra forma de vida consagrada, nuestros votos, pueden ser vistos como un testimonio profético contra los valores del mundo y como un testimonio de otro mundo posible; nuestros votos pueden ser vistos como signos de esperanza para un mundo mejor para todos.

Pero, claro está, la mayoría de las personas no nos ven de esa manera. De hecho, pocas veces nos vemos así a nosotros mismos. Con frecuencia, nos sentimos tan desesperados y desvalidos como cualquier otra persona frente a todos los problemas con que nos encontramos hoy en nuestro país. Entonces, ¿cómo nos convertimos nosotros mismos en personas esperanzadas y signos de esperanza para otros?

¿Cuál es la base de nuestra esperanza? Muchos sudafricanos tienen esperanza en nuestro país y en su futuro. Pero hay otros, y son los que más destacan en los medios de comunicación, que sólo ven los problemas y han perdido la esperanza en nuestra capacidad de resolverlos. Son cada vez más las personas, cristianos incluidos, que están renunciando a toda esperanza en el mundo actual, tanto en nuestro país como en otras partes. Dicen que no ven ningún signo de esperanza —o que perciben muy pocos signos esperanzadores—. Pero como cristianos, como verdaderos seguidores de Jesús, no deberíamos basar nuestra esperanza en signos —en ninguna clase de signos, en ningún número de signos—. La base de nuestra esperanza es Dios y únicamente Dios. Aun cuando estamos viviendo en un tiempo y un lugar sin ningún signo de esperanza, nos encontramos, a pesar de todo, esperanzados porque hemos puesto toda nuestra esperanza y confianza en Dios —o, al menos, tratamos de hacerlo—. Como dijo Pablo: «Esperamos contra toda esperanza».

La cultura de la culpa

Lo que hemos de superar en nuestro país no es sólo el pesimismo de muchas personas, sino también la cultura de la culpa que se ha desarrollado a lo largo de los años. Vivimos en lo que yo llamo «la cultura de la culpa». Cada vez que algo va mal, tendemos a mirar alrededor para echar la culpa a alguien. Señalamos con el dedo y culpabilizamos. Nos sentimos inquietos e insatisfechos hasta que podemos encontrar a alguien a quien acusar. El hecho de encontrarlo nos da una sensación de satisfacción.

Casi todos consienten en esta cultura de la culpa o, al menos, sienten la tentación de hacerlo: políticos, periodistas, editores, comentaristas, académicos y —lo más triste de todo— la Iglesia. Pero Jesús no lo hizo. No fue señalando con el dedo a las personas. No fue martilleando a los pecadores. Los vio como personas necesitadas de sanación, perdón y amor. Los vio como personas heridas, rotas o perdidas. Cuando buscamos alguien a quien culpar, somos

incapaces de obtener una visión imparcial del mundo, y somos incapaces de ver cómo el dedo de Dios actúa en nuestro mundo.

Nuestra vida consagrada puede convertirse en un testimonio profético contra esta cultura de la culpa, y en un testimonio de la esperanza que brota allí donde se pone toda la confianza en Dios. Esto sucede cuando somos vistos como personas que tienen a Dios como la base de su esperanza en el futuro de Sudáfrica y del mundo.

Hacer los votos de pobreza, castidad y obediencia puede ser visto como un gran gesto de esperanza en el futuro. Recordemos el gran gesto de esperanza del profeta Jeremías en el momento en que Jerusalén estaba siendo asediada y a punto de caer en poder de los caldeos. El pueblo está desolado, ha perdido toda esperanza en el futuro. Pero en medio de toda esta desesperanza, Jeremías compra un campo porque cree que hay esperanza de futuro. Él ha puesto toda su confianza en Dios. Su gesto es un signo de que esperaba contra toda esperanza gracias a su fe en Dios (Jr 32,24-25.42-43).

No obstante, nuestros votos no serán vistos como gestos de esperanza en el futuro si nosotros mismos, en todo lo que hacemos o decimos, no tenemos manifiestamente una actitud de esperanza y confianza en el futuro. Hemos de ser vistos y percibidos como personas que esperan contra toda esperanza, que permanecen esperanzadas en todas las circunstancias.

Nuestra esperanza puede convertirse en un signo de esperanza que fortalece a otros y da testimonio del valor que tiene poner toda la confianza en Dios. Cuando actuamos esperanzadamente y cuando hablamos con esperanza y confianza, animamos a otros a actuar con audacia y seguridad, y hacemos posible que no renuncien a la esperanza.

Cuando se nos pida que actuemos de esta manera, deberíamos estar preparados para dar razón de nuestra esperanza, como afirma Pedro en su Primera carta (1 P 3,15). Damos razón de nuestra esperanza cuando ponemos toda nuestra esperanza y confianza en Dios. Pero también damos razón de nuestra esperanza cuando apuntamos a los signos de la obra de Dios en nuestro país, en el mundo y en la Iglesia hoy.

El Congreso Internacional

Uno de los signos verdaderamente grandes de esperanza para el futuro de la Iglesia ha sido el International Congress on Consecrated Life (Congreso Internacional sobre la Vida Consagrada), celebrado en 2004. Algunos de vosotros habéis oído hablar de él. De hecho, algunos de vosotros habéis participado en él, pero para quienes no estéis informados, diré que es el primer congreso de esta índole. Ha sido la primera vez que los superiores y superiores de diferentes institutos religiosos y de conferencias nacionales, como la LCCL (Leadership Conference of Consecrated Life [Conferencia de Superiores de Congregaciones Religiosas]) sudafricana, se han reunido para reflexionar sobre el presente y el futuro de la vida consagrada.

El congreso ha analizado la significación, efectividad y relevancia de la vida religiosa en el mundo posmoderno actual. Ha celebrado el don intemporal de la vida religiosa y ha dado gracias a Dios por él. Ha descubierto, acogido y fortalecido nuevas formas emergentes de vida consagrada. Al compartir sus experiencias de vida consagrada, los 850 participantes, procedentes de todas las partes del mundo, han descubierto su pasión común por Jesucristo y por todos los seres humanos, especialmente los más vulnerables. El tema del congreso ha sido «Pasión por Cristo, pasión por la humanidad».

Este congreso ha sido un inmenso signo de esperanza, no sólo para el futuro de la vida religiosa, sino también para el futuro de la Iglesia en su conjunto. La vida religiosa es lo que podríamos llamar el brazo profético de la Iglesia. Al parecer, lo que ha tenido lugar en este congreso ha sido la consolidación de la voz profética de la Iglesia. Los religiosos han redescubierto juntos la importancia de su testimonio profético en la Iglesia y en el mundo.